



Vaticinios funestos y fe mesiánica: la leyenda de don Rodrigo en la España de los Reyes Católicos

Ángel Gómez Moreno
Universidad Complutense
July 26, 2011

A mis amigos de la Universidad de Erlangen-Núremberg

En 1504, moría la reina Isabel y las tropas del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba entraban en Nápoles. Con la moral lógicamente muy alta, Fernando el Católico se decidía a recuperar Tierra Santa para la cristiandad. En realidad, no era la primera vez que acariciaba la idea de conquistar los Santos Lugares y, ya puestos, de llegar hasta Bizancio: tal proyecto lo venía incubando de algún modo desde el mismo momento en que concluyó la Cruzada peninsular con la toma del Reino de Granada. [Del ambiente de júbilo dan cuenta numerosos testigos de época; sin embargo, quiero aprovechar la ocasión para reivindicar nuestra pintura de historia a través de una de sus grandes figuras, el aragonés

Francisco Pradilla, de quien vemos un primer cuadro: *Capitulación de Granada* (1882), véase imagen 0.1.]



Figura 0.1: Capitulación de Granada, 1882

Además, esta vez la empresa se acometería sin ayuda de nadie: el rey estaba dispuesto a arrebatarles a turcos y a mamelucos un territorio mítico desde un doble enfoque, temporal y espiritual, ya que comprendía nada menos que la ciudad de Constantinopla, puerta de Oriente, y la de Jerusalén, puerta del Cielo. Como sabemos, no se logró ninguno de los dos objetivos; es más, en 1517, los turcos otomanos derrotaban a los mamelucos y hacían suya la ciudad tres veces santa.

Sobre Fernando el Católico pesaba sobremanera que la corona napolitana, suya al concluir victoriosamente la campaña de Nápoles, llevase aparejada otra más: la de Jerusalén. El primero de sus reyes fue Balduino, hermano

de Godofredo de Bouillon, una figura viva en el imaginario europeo gracias a la *Historia Hierosolymitana* (1100-1106) de Fulquerio de Chartres; ahora, le correspondía coronarse a él, al propio Fernando. Para hacer valer sus derechos, decidió acometer la que sería la batalla definitiva para liberar Tierra Santa. Energía y moral no le faltaban: en su ánimo no había una sola fisura, dada su condición de rey escatológico y mesiánico, confirmada por tanta y tanta victoria, por el final de la Reconquista, por la pacificación de su territorio y por una hegemonía cierta en el terreno internacional (la proclamada por los diplomáticos de Juan II de Castilla en los concilios del siglo XV no tenía el mismo firme). A modo de acicate, el papa Julio II reconoció el derecho del aragonés al trono de Jerusalén el 3 de julio de 1510. Añadiré lo que la mayoría desconoce: el hecho de que los reyes españoles, como hoy mismo Juan Carlos I de España, lo son también de Jerusalén. La buena nueva tenía, no obstante, un sabor agridulce, pues no había un territorio que respaldase ese título. Claro está que Fernando el Católico estaba dispuesto a cambiar cuanto antes tan frustrante situación.

¿Por qué no acometió la empresa que le habría llevado a recuperar Tierra Santa? En mi opinión, sobre Fernando el Católico pesaron los siguientes considerandos. En primer lugar, a nadie se le escapaba la propia magnitud del esfuerzo, capaz de arredrar al más animoso. En segundo término, todos tenían presente que, entre España y Tierra Santa, mediaban muchos cientos de kilómetros plagados de enemigos; por ello, había que controlar antes los bastiones cercanos, como Melilla, tomada en 1497, y Orán, conquistada por el Cardenal Cisneros en 1509 [Detalle del mural de Juan de Borgoña en la Catedral de Toledo: Cisneros en la toma de

Orán (1514), véase imagen 0.2].



Figura 0.2: Cisneros en la toma de Orán, 1514

Previamente, se imponía anular a los piratas que, desde Túnez y Argel, golpeaban directamente a España e Italia. Si la costa africana era un camino imposible, un verdadero aviso-pero, avanzar por la costa europea y atacar desde Chipre, a la sazón en manos de los venecianos, tampoco parecía un proyecto viable. Antes de llegar a su destino, las tropas españolas habrían sufrido tal desgaste que, de acometer el asalto a Bizancio y Jerusalén, serían inevitablemente derrotadas.

Había un motivo más para retrasar tamaña aventura *sine die*: se llamaba *América*. El Nuevo Mundo era un vasto territorio que precisaba de unos pobladores que España

podía proveer a duras penas, dada su baja demografía. A este respecto, basta recordar que Aragón y Castilla sumaban sólo seis millones de habitantes. Otro factor decisivo era la inminencia de la campaña de Navarra, que supondría la guerra con los franceses. Por añadidura, los informes que, desde Egipto, llegaban a la corte española sobre las revueltas de los mamelucos desaconsejaban comenzar la expedición. Y me permito hacer un breve inciso para recordar que, en 1501 y 1502, los Reyes Católicos habían mandado ya un embajador al sultán de Egipto: nada menos que el humanista italiano Pedro Mártir de Anglería, que da cuenta del viaje, y de la estancia previa con los venecianos, en su *Legatio Babylonica* (1511). En último término, la presencia de los turcos en las costas de Berbería desplazaba el escenario de la guerra hasta las puertas de la propia casa. Ciertamente, en torno a 1515, los bajeles turcos se infiltraban en el litoral español, donde contaban con el apoyo de los moriscos, como consta en la documentación de las dos partes en conflicto y como acaba de recordarnos, entre otros, J. E. López de Coca Castañer (“Mamelucos, otomanos y caída del reino de Granada”, *En la España medieval*, 28 [2005], pp. 229-258). Entiéndase, no obstante, que ni Bizancio ni Jerusalén eran algo lejano y ajeno: en el sentir de un aragonés, más que tierras próximas, formaban parte del territorio propio. Fernando había heredado de sus ancestros la consideración del Mediterráneo como su ámbito de expansión natural: era el mismo *mare nostrum* de los antiguos romanos, ese mar del que ellos, acaso con más razón que otros, se sentían legítimos herederos. Entre el Levante español y la costa de Asia Menor, no sólo estaban los dominios del presente sino algunos de los referentes históricos de un pasado no

tan lejano, ya que remitía a los tiempos de Jaime I, que, en un par de ocasiones, inició los preparativos para liberar los Santos Lugares; luego, los Infantes de Aragón, en 1269 y 1270, participaron directamente en las Cruzadas con un pequeño ejército de aragoneses (de estos episodios se ocupa Alain Milhou en su impresionante libro *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español* [Valladolid: Universidad de Valladolid, 1983], p. 349). Ahora bien, nada de todo esto puede compararse con lo ocurrido a inicios del siglo XIV, cuando el emperador de Bizancio puso sus tropas al mando de Roger de Flor (Roger von Blume, hijo de un cetrero del emperador Federico II) y sus almogávares; con ellos, el campeón del ejército aragonés mantuvo a los turcos a raya.

Por esas mismas fechas, los almogávares (así se llamaban los soldados de elite del ejército aragonés) fijaban la bandera cuatribarrada en toda una serie de plazas de Grecia, Bizancio y las Cícladas. Por fin, en 1379, los griegos reconocían sus derechos a Pedro IV el Ceremonioso, que visitó emocionado la ciudad de Atenas (celebres son sus palabras: “el Castell de Cetines és la pus richa joya qui al mont sia”); además, sus dominios en la Península Helénica comprendían el vasto territorio de la antigua Tesalia, lo que explica que, incluso a día de hoy, los reyes de España tengan también el título de Duques de Atenas y Neopatria. La hegemonía aragonesa en el Mediterráneo oriental y su pujanza internacional son dos de las razones por las que el gran maestre de la Orden de San Juan o del Hospital era precisamente aragonés. Me refiero nada menos que a Juan Fernández de Heredia, figura fundamental para la historia de la recuperación de la cultura griega en España y en Europa (Petrarca, sin ir más

lejos, anduvo detrás de su romanceamiento de Plutarco). Dejada aparte su obra erudita, de la que me he ocupado en otro lugar ("Juan Fernández de Heredia, ¿humanista?", en Aurora Egido y José María Enguita, eds., *IV Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón: Juan Fernández de Heredia y su época (Zaragoza-Caspe, 29-30 de noviembre y 1 de diciembre de 1995)* [Zaragoza: Institución 'Fernando el Católico', 1997], pp. 57-68), cabe recordar que dirigió personalmente el ataque que culminó con la toma de la Morea o Peloponeso, que se hizo con Corinto y, de paso, logró contener el avance de los turcos. [Por cierto, tenemos varias imágenes de Juan Fernández de Heredia, presentes en sus propios manuscritos. Esta capital, donde se retrata, pertenece a su *Grant Crónica de Espanya* (1385), véase imagen 0.3.]

Por desgracia, la iniciativa aragonesa por la que pretendían cerrar trato con los tártaros o mogoles había fracasado, como ha explicado con toda claridad Albert-Guillem Hauf i Valls ("Texto y contexto: de *La flor de las historias de Oriente*: un programa de colaboración cristiano-mongólica", en Egido y Enguita, eds., *Juan Fernández de Heredia...ibid*, pp. 111-154). Unos cien años atrás, se había dicho que los tártaros eran el brazo del Maligno en la tierra; por ello, sus incursiones, que los llevaron hasta Hungría, se vieron como un aviso de la inminencia del final del mundo. En aquella ocasión, Federico II buscó justamente lo contrario: una alianza con los turcos que permitiese parar a un enemigo que recordaba a los hunos. En la segunda mitad del siglo XIII, todo era distinto: ahora Aragón intentaba coaligarse con los tártaros para impedir lo que ocurrió dos siglos después:



Figura 0.3: Grant Crònica de Espanya, 1385

la aniquilación del Imperio Romano de Oriente. Fueron las tropas de Mehmed II Fatih las que, con su esfuerzo y pericia, tomaron Bizancio; sin embargo, en el ánimo de sus habitantes pesó un terrible presagio: el eclipse de luna del 24 de mayo de 1453. Cinco días más tarde caía la ciudad. Tras la hecatombe de 1453, todo se desmoronó como un castillo de naipes. Los territorios arrebatados por los turcos formaban parte del universo de referencia primordial de cualquier aragonés. Hasta tal punto era así que, ya que no podían hacer otro tanto en la realidad, al menos en la ficción

uno de ellos, un aragonés, aplastaba a los infieles y devolvía Asia Menor a la fe de Cristo. Ese fue el logro del valenciano Joanot Martorell en una formidable novela caballeresca, *Tirant lo Blanc*, una obra tan realista que más parece que estamos leyendo una crónica que un relato ficticio, *roman* o romance. Ya que la historia iba por el camino contrario, Tirante, el Caballero Blanco, daba esa satisfacción a sus lectores en lengua catalana (aunque el libro pasó por varias fases desde su gestación en 1460, sólo vio la luz como impreso en 1490); luego sería el lector en lengua española el que se deleitaría con la gesta de Tirante, en un ambiente tan propicio como el que estamos viendo (la edición castellana salió a la calle en 1511). En fin, nos consta que Cervantes, vencedor en Lepanto, no perdió de vista dicha obra al redactar el *Quijote*. [Esta xilografía pertenece a la portada de la edición en castellano de 1511, véase imagen 0.4]

A Fernando el Católico el estímulo para liberar Jerusalén le llegaba también desde Castilla. A ese respecto, conviene recordar que, en 1403, Enrique III había perseguido el mismo objetivo que los aragoneses: hacer una liga con los tártaros o mongoles para frenar a los turcos. Con ese propósito, mandó hasta la lejana Samarkanda a Ruy González del Clavijo, cuya embajada buscaba firmar un pacto con Tamerlán o Tamorlán, el gran khan de los tártaros o mogoles. De este viaje y de su estancia, de la que regresó en 1406, quedó poco más que su relato, uno de los más bellos libros de viajes del Medievo: la *Embajada de Tamorlán*. Apenas nada consiguieron los castellanos: la muerte de Tamerlán impidió llegar al acuerdo que habría servido para frenar a los turcos; es más, en 1499, otro pueblo de raza túrquida, los uzbekos,



Figura 0.4: Tirante el Blanco (edición en castellano), 1511

recuperaban la ciudad para el Islam. Samarkanda, que había caído antes en manos de Gengis Khan, volvió a ser una de las grandes ciudades mahometanas.

Con independencia de ello, el dato sirve para comprobar cómo la obsesión por Bizancio y Jerusalén estaba igualmente

enraizada en Castilla. Nada importa que, muerta Isabel en 1504, Fernando se quedase sin la corona castellana. En 1506, su hija Juana era proclamada reina, mientras su esposo, Felipe de Austria, “el Hermoso”, se convertía en Felipe I de Castilla; sin embargo, el fallecimiento de éste en ese mismo año devolvió a Fernando la posición hegemónica que venía buscando; es más, desde ese momento reinó de facto en Castilla, respaldado por la manifiesta demencia de su hija Juana. Desde fuera, el suceso se vivió como una tragedia más, imputable a la enfermedad de amor, la misma que había acabado con el príncipe don Juan, a quien me referiré de inmediato. [De nuevo, el genial Francisco Pradilla supo captar el dramatismo del caso en el cuadro, de gran formato, que ganó la medalla de oro en la Exposición Nacional de 1877, titulado *Doña Juana la Loca*, véase imagen 0.5.]



Figura 0.5: Doña Juana la Loca

Sabemos que Fernando el Católico sintió el deceso de Felipe de manera bien distinta: con alivio. ¡Tanto le había costado la unión de Castilla y Aragón! La suma de ambas legitimaba el uso del nombre de *Hispania*, ahora *España*, aunque parte de ella, el reino de Portugal, permanecía independiente.

La unidad de España, aun a falta de Portugal, suponía, al mismo tiempo, la superación de una maldición y la conjuración de un peligro. La primera, la maldición, tenía que ver con la leyenda de don Rodrigo, con la violación de La Cava y el terrible vaticinio de la Casa de Hércules en Toledo, erigida por el semidios o héroe al llevar a cabo su labor fundacional y civilizadora. De esta leyenda da cuenta la *Crónica del moro Rasís* (siglo X) y luego la recoge Rodrigo Jiménez de Rada, el Toledano, en su *De rebus Hispaniae* (siglo XIII); su difusión, y no es casualidad, se produjo en

pleno siglo XV, como vemos en *El Victorial* de Gutierre Díaz de Games, en la *Atalaya de las corónicas* del Arcipreste de Talavera y, sobre todo, en la *Crónica sarracina* de Pedro del Corral, obra a la que me referiré de inmediato; por añadidura, el romancero se encargó de que hasta el último analfabeto supiese cuál fue el origen de la tragedia de don Rodrigo y la pérdida de España.

Todo sucedió porque una curiosidad irreprimible llevó a don Rodrigo a saltarse la prohibición que sus predecesores habían respetado, que vedaba la entrada a la casa de Hércules en Toledo, cerrada con numerosos candados (entre veinticuatro y veintisiete, según distintas versiones). Un segundo aviso tenía que ver con el cofre que había en su interior, que nadie debía abrir bajo ningún concepto. Al romper su cerradura, don Rodrigo encontró sólo un pergamino, dicen unos, o un lienzo, dicen otros; y al desenrollarlo, vio pintados unos guerreros árabes junto a un texto que decía que el día en que alguien entrase en la Casa de Hércules y abriese la caja unos guerreros como aquéllos conquistarían España. Nada ni nadie podía evitar ya la pérdida de la nación; sin embargo, la felonía de Rodrigo debía ser completa; de hecho, a él le corresponde la activación del mecanismo que provoca la hecatombe: la violación de la hija del Conde don Julián. En la leyenda, por tanto, no basta el patrón del Antiguo Testamento, que asocia la curiosidad malsana con la muerte, caso éste de la mujer de Lot, convertida en estatua de sal. Recordemos que lo mismo nos ofrece la mitología, con la caja de Pandora, y el folklore, con la historia de Barba Azul.

Todo ocurrió en Toledo, capital de la España visigoda. En la ciudad de Toledo, cargada de infinitas reminiscencias y

recuerdos, la tradición señala todavía el lugar del crimen, ubicado en un recodo del río Tajo en que hoy se ven unas ruinas romanas, conocidas como los Baños de La Cava; para más precisión, la leyenda apunta que don Rodrigo ardió en deseos de poseer a la bella joven al verla desnuda en ese preciso lugar (y se le ocurren a uno un sinfín de asociaciones con varias leyendas clásicas y bíblicas). [El torreón y los baños de La Cava en una foto de hacia 1900, véase imagen 0.6.]



Figura 0.6: El torreón y los baños de La Cava, hacia 1900

Los Baños de La Cava caen debajo de un promontorio conocido como Roca Tarpeya, el mismo nombre con que los romanos conocían la cima de la colina Capitolina, desde la que se arrojaba a los condenados a muerte. En ese lugar de Toledo se halla la Sinagoga del Tránsito; allí, en la primera

mitad del siglo XX el genial arquitecto Secundino Zuazo levantó la Casa-Museo de ese gran escultor vanguardista que fue Victorio Macho.

He hablado de la conjuración de un peligro o amenaza gracias a los Reyes Católicos. Antes, no obstante, debo referirme a un vaticinio que coincidió con la difusión de la leyenda de don Rodrigo y la pérdida de España. Ésta, España personificada, o alguien indeterminado, aunque con tono de oráculo, advertía de que las desavenencias entre los nobles y, a su vez, entre éstos y la realeza no hacían más que debilitar a los cristianos y fortalecer a los sarracenos; para que nada faltase, la Iglesia participaba también en estas disputas, como los dos arzobispos de Toledo de la familia Carrillo. Los textos más representativos de esta literatura admonitoria portan títulos tan reveladores como *Lamentación de España*, atribuida al Marqués de Santillana; o bien *Consolación de España*, obra anónima escrita entre 1434 y 1449. La idea, no obstante, aparece en intelectuales tan respetados como Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos, que señalaba que las continuas guerras civiles (*cibdadanas* las llama él) llevarían a una nueva ocupación musulmana, con la consiguiente destrucción de España. En ese ambiente, Pedro del Corral escribió su *Crónica sarracina* (1443), que no es otra que la exitosísima *Crónica del Rey don Rodrigo*, título con que se conoce la versión impresa (con edición príncipe de 1499 y con una segunda conocida de 1511).

Los lamentos literarios de la vieja España, en petición desesperada de ayuda, siguieron sonando desde textos como la anónima *Exclamación de España*, datada por su moderna editora en 1462-1463 (véase Carmen Parrilla

García, “La ‘Exclamación de España’ dirigida al arzobispo Carrillo. Un ejemplo de la *fictio personnae* al servicio del alegato político”, *Scriptura*, 13 [1997], pp. 67-99). Algo después, Jorge Manrique decía en sus *Coplas* (acabadas entre 1476 y 1479) que su padre, don Rodrigo, había servido a su rey y a su Dios, en la única guerra justa: la que tenía enfrente al moro, esto es, la Cruzada peninsular. Si luchó contra otros cristianos –lo justifica don Jorge– fue porque, en el colmo de la deslealtad, ellos aprovecharon sus ausencias para entrar en sus tierras y usurparle parte de sus bienes. De este estado de cosas y de la obligación de remediarlas si no se deseaba una nueva ocupación y destrucción de España por los musulmanes informa debidamente la *Divina retribución* (1479) del Bachiller Palma.

El remedio estaba claro: había que privar a órdenes militares, nobleza e Iglesia del poder excesivo que tenían, causa verdadera de desórdenes y de muchas muertes. De ese modo, los voceros de la casa real proclamaron que los males de España se podían resolver con una corona fuerte, a la que se someterían los demás poderes. Y así fue. Fernando e Isabel cumplieron el sueño de centralizar el poder, el mismo que por tanto tiempo había acariciado Juan II, padre de la reina. Su intento por someter a la alta nobleza fracasó: él salió incólume, no así su valido, don Álvaro de Luna, públicamente decapitado en 1453 en Valladolid. [Veamos otro cuadro característico del academicismo historicista: el de José María Rodríguez de Losada, *La ejecución de don Álvaro de Luna*, 1866 (Museo del Prado), véase imagen 0.7.]

De su sueño quedó un eco literario, en el que impera el tono profético: el *Laberinto de Fortuna* (1444) de Juan de Mena,



Figura 0.7: La ejecución de don Álvaro de Luna, 1866

un poema épico significativamente reivindicado en 1499 por Hernán Núñez, un erudito conocido también como el Pinciano o el Comendador Griego. Por medio de su edición, con una amplísima glosa, Núñez se propuso convertirlo en un gran poema nacional a mayor gloria de los Reyes Católicos.

En el interior del poema, destaca el episodio de la bruja de Valladolid, que resucita a un muerto y le hace hablar desde el más allá. Nada importa que se apele a la nigromancia, magia negra o magia de los muertos (pues, en origen, el termino es el griego *necromanteia*). A través del asombro, Mena atrae el interés de su público y graba a fuego y hierro el mensaje de su obra: como el muerto vaticina, a Castilla le espera el mejor de los futuros gracias a un rey poderoso.

Antes, no obstante, es preciso acabar la Reconquista, por lo que el muerto llama a Cruzada. De nuevo, lo primero y principal es que los cristianos dejen de lado sus diferencias y sumen fuerzas para tan justa causa (*Laberinto*, copla 255, vv. 2037-2040):

Por ende, vosotros, esos que mandades,
la ira, la ira bolved en los moros;
non se consuman ansí los thesoros
en causas non justas como las hedades.

Con su edición (la príncipe en Sevilla, 1499, y la revisada en Granada, 1505), Hernán Núñez potenciaba un poema que, al cambio de siglo y de era, se sentía como un dechado de virtudes literarias, una obra con la que España y su lengua podían competir con la culta Italia y con el toscano, un título que cabía poner en plano de igualdad con la *Commedia* de Dante. Ahora bien, tanto o más que los valores estéticos del *Laberinto* importaban los puramente ideológicos: por su reivindicación de una monarquía fuerte en la persona de Juan II y por el anuncio del mejor de los futuros para Castilla y para toda España. Ese sueño se tornó realidad con los Reyes Católicos; así, se validaba el mensaje del *Laberinto*, que cobraba dimensión de obra profética. Nada importa que no fuese Juan II sino su hija quien hizo realidad ese anhelo de siglos.

Antes, en efecto, Isabel y Fernando hubieron de eliminar los tres obstáculos que impedían la necesaria concentración de poder. Sabían muy bien lo que debían hacer, trazaron un plan y lo llevaron a término: muchas torres nobiliarias fueron desmochadas, un gesto que revela el modo en que sometieron a la alta nobleza; nunca más hubo una Iglesia levantisca, ni

en la diócesis toledana ni fuera de ella; en último término, las órdenes militares se doblegaron ante un Fernando el Católico que se autoproclamó maestro de todas ellas. El vigor derivado de la unificación de España aumentaba exponencialmente al eliminar toda posible oposición, al igual que ocurrió en el resto de Europa (valga como ejemplo paralelo la eliminación del catolicismo en Gran Bretaña). La implicación de los intelectuales y artistas en apoyo de su empresa fue de una magnitud extraordinaria: en crónicas, tratados de diferente índole, poemas laudatorios u obras de erudición, así como en prólogos, dedicatorias y otros tantos lugares. De paso, se recuperaron títulos pasados que se avenían muy bien con las felices circunstancias del presente. Uno de ellos, ya lo he dicho, fue el *Laberinto de Fortuna*.

La ventaja del *Laberinto* es que su formulación a manera de feliz vaticinio hacía innecesario cualquier retoque para relacionarlo con el presente. En la penúltima estrofa del poema (estr. 296), todas las ciencias divinatorias coinciden con los “grandes profetas” en interpretar las “señales” en clave escatológica; por ello, el poeta, en la última copla le pide a Juan II que actúe del modo que conviene para validar los pronósticos (“Fazed verdadera la gran providencia”). Por si alguien no tiene claro a qué se refiere, enseguida lo aclara: debe retomar la Cruzada peninsular “por que la vuestra real excellencia // aya de moros puxante victoria”. El *Laberinto*, contemplado desde las cercanías del siglo XVI, hacía las veces de libro profético, como el Antiguo Testamento; en correspondencia, la satisfacción de tales profecías gracias a los Reyes Católicos recubría la figura de ambos de un halo mesiánico, en línea con el Nuevo Testamento (véase Ángel Gómez Moreno y Teresa Jiménez Calvente, “Entre edenismo y *emulatio* clá-

sica: el mito de la Edad de Oro en la España de los Reyes Católicos”, *Silva. Estudios de Humanismo y Tradición Clásica*, 1 [2002], pp. 113-140).

No era éste un valor intrínseco al *Laberinto* sino un valor adquirido gracias al curso de la historia. Silenciada la funesta figura de Enrique IV, los voceros de los Reyes Católicos trazaron una línea que iba de la llamada a la Cruzada en tiempos de Juan II a la campaña iniciada por sus señores apenas concluida la guerra civil, que llevó a la toma de Granada y el final de la Reconquista. En todos los sentidos señalados, ideológicos y estéticos, el *Laberinto* satisfacía las expectativas del lector más exigente en los años de los Reyes Católicos. Entre los admiradores del *opus magnum* de Juan de Mena se contaba Antonio de Nebrija, el gran humanista, como ha puesto de relieve Juan Casas Rigall (*Humanismo, gramática y poesía. Juan de Mena y los auctores en el canon de Nebrija*, Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2010).

Lo principal es que, para lograrlo, no hubo que tocar un solo verso del *Laberinto* ni pensar en una continuación, una injerencia que nunca se le habría ocurrido a doña Isabel por respeto a la memoria de su padre. Y es que en el *Laberinto*, ciertamente, se exalta la figura de Juan II y, con él, la de quien estaba dispuesto a ayudarlo: el condestable don Álvaro de Luna. Ese cuidado ante la figura de sus padres lo percibimos en la sala mortuoria de Juan II e Isabel de Portugal en la Cartuja de Miraflores (Burgos), obra retomada y concluida por los Reyes Católicos. [Aquí vemos el retablo mayor y los sepulcros de alabastro, obras ambas de Gil de Siloé, véase imagen 0.8.]



Figura 0.8: Cartuja de Miraflores (Burgos)

En ese espacio, reveladoramente, se echan en falta las marcas que inundan los otros edificios erigidos por ellos, como San Juan de los Reyes en Toledo. En vano buscaremos la F de Fernando y la Y de Isabel, el ramo de hinojo (*ynojo* en la grafía castellana medieval, como *Ysabel*; y *fenajo* en aragonés, con la inicial del nombre de *Fernando*), el yugo y las flechas (el primero con la Y de *Ysabel*; las segundas con la F de *Fernando*) o la inevitable granada, en recuerdo de la toma del Reino Nazarí y de Granada capital. Con tales ausencias, dejaban claro que ese bello espacio propiamente no les pertenecía. [Detalle del artesonado de San Juan de los Reyes, con los elementos recién señalados, véase imagen 0.9.]



Figura 0.9: San Juan de los Reyes, Toledo (detalle del artesonado)

El ambiente estaba marcado por una atmósfera profética y

mesiánica. En Castilla y aún más en Aragón, abundaba la literatura apocalíptica, que anunciaba la inminente llegada del Anticristo. De extender ese temor de Aragón a Castilla se había ocupado el dominico san Vicente Ferrer, que, procedente de su Valencia natal, recorrió Murcia y Castilla la Nueva; con él, iban numerosos flagelantes, que se golpeaban la carne al tiempo que proclamaban: *creatura liberabitur a servitute corruptionis*, etc. La voz de este predicador suena a oráculo en el *Sermón del Anticristo*, que yo mismo encontré en la Real Academia de la Historia y entregué a Pedro Cátedra, su certero editor. En el ambiente flotaba la idea de que, tras el advenimiento del Hijo de Perdición, Dios bajaría a la tierra para juzgar a los hombres.

Así se entiende la característica espiritualidad y el marcado ascetismo de la Devotio Moderna, los Hermanos de la Vida en Común o los reformistas franciscanos. Los títulos de la literatura religiosa muestran un marcado interés por el Cristo más humano, el de la Pasión, y se ofrecen a modo de *imitationes Christi* (ahí está el exitosísimo Thomas a Kempis, que comenzó a circular en 1418) o las *meditationes* a la vista de Cristo en la Cruz (en que se sigue el modelo de San Buenaventura, franciscano del siglo XIII); en paralelo, la figura de María aparece hasta tal punto sublimada que la Trinidad, en algunos momentos está a punto de convertirse en Cuaternidad. Un vistazo conjunto a las artes plásticas y al mercado del libro en España y Europa en torno a 1500 demuestra la omnipresencia de la Muerte democrática e igualitaria, que aprovecha cualquier circunstancia para colarse. [Como en esta xilografía, que corresponde, y no deja de ser curioso, a la edición revisada del *Laberinto de Fortuna* por Hernán Núñez (Granada, 1505), véase imagen

0.10.]



Figura 0.10: Laberinto de Fortuna, 1505

En este ambiente, no es de extrañar el éxito alcanzado por un género de moda, las *artes bene moriendi*, que están mereciendo la atención que, contra toda lógica, se les había negado. Los viejos tratados que invitaban a apartarse del mundo engañoso y pensar tan sólo en el más allá, como el

De contemptu mundi (o *De miseria humanae conditionis*) del papa Inocencio III (1194-1195), se pusieron de nuevo de moda y compartieron espacio con otros semejantes, como el atribuido a Thomas a Kempis y a Jean Gerson, de idéntico título; en él, se invita a la vida contemplativa y una religiosidad sentida e interior, alejada de toda manifestación religiosa externa y hueras.

Una última referencia obligada nos lleva a la literatura hagiográfica, unas vidas de santos omnipresentes en latín y romance gracias a un verdadero best-seller: la *Legenda aurea* de Jacobo de Voragine, el segundo libro más leído, editado y copiado tras la Biblia. En todos estos relatos, ya se trate de santos mártires o de santos confesores, la corona de santidad se gana al dar gustosamente la vida ante los enemigos de la fe o al escoger una vida de rezos y privaciones. Eran patrones de conducta para una sociedad marcada como nunca por una espiritualidad que inducía estados de ánimo apocalípticos y mesiánicos, derrotistas y triunfalistas, pesimistas al contemplar el deterioro moral generalizado y optimistas por un ambiente de reforma especialmente marcado entre agustinos, franciscanos y jerónimos.

La victoria en todas sus empresas, militares o civiles, confirmaba que Dios estaba con los Reyes Católicos. Por añadidura, don Fernando portaba la condición heredada de monarca escatológico o redentor, propia de la casa real de Aragón. El ambiente, marcadamente mesiánico y salvífico, suponía todo un seguro frente a dos profecías fatídicas: la llegada del Anticristo y la segunda destrucción de España. Si la primera indujo una nueva espiritualidad y tuvo rápido reflejo en los libros de devoción y tratados de materia

religiosa, la segunda alentó un sinfín de empresas y estimuló la épica, la historiografía y el panegírico. En el último cuarto de siglo, hemos visto formarse toda una nómina de poetas heroicos, con Gonzalo de Arredondo, Pero Marcuello o Juan Barba.

La exaltación patriótica pasa, antes de nada, por destacar la obra redentorista de los Reyes Católicos, vaticinada por prodigios varios desde el mismo día en que vinieron al mundo. El optimismo dio en puro delirio al nacer el Príncipe don Juan, momento que muchos asociaron con la llegada de una nueva era, en línea con la *Égloga IV* de Virgilio. Por eso, su muerte, causada por su amor desmedido por la princesa Margarita de Austria, supuso el más duro de los golpes. Los testigos coinciden en señalar que, movidos por la pasión, ambos se resistían a salir de la cama, lo que acabó minando la salud del adolescente. [De nuevo es Francisco Pradilla quien recrea esa atmósfera en *Bautizo del príncipe don Juan* (1910), véase imagen 0.11.]

En el impactante *Romance del Príncipe don Juan*, es el Doctor de la Parra quien, frente al parecer de otros médicos, avisa al joven de la inminencia de su muerte, y lo hace a través de un emplazamiento, una manera de pronóstico especialmente sobrecogedora. Mientras los demás galenos quitan importancia al estado de salud del Príncipe, él le dice que se prepare a bien morir: “Confiéscese vuestra alteza, mander ordenar bien su alma. // Tres horas tiene de vida, la una que se le acaba.” Por los mismos años, en ambiente tan propicio como éste, el *Romance del enamorado y la Muerte* se apoyaba en idéntico ingrediente, el emplazamiento, morboso y sobrecogedor. Por su brevedad, intensidad y



Figura 0.11: Bautizo del príncipe don Juan, 1910

belleza, lo degustaremos en la versión divulgada por el folklorista Joaquín Díaz:

Yo me estaba reposando
anoche como solía;
soñaba con mis amores,
que en mis brazos se dormían.
Vi entrar señora tan blanca
muy más que la nieve fría.

- ¿Por dónde has entrado, amor?
¿Cómo has entrado, mi vida?
Las puertas están cerradas,
ventanas y celosías.

- No soy el amor, amante:
la muerte que Dios te envía.

Vaticinios funestos y fe mesiánica

- ¡Ay, muerte tan rigurosa,
déjame vivir un día!

- Un día no puedo darte,
una hora tienes de vida.
Muy deprisa se levanta,
más deprisa se vestía.

Ya se va para la calle,
en donde su amor vivía.
- ¡Ábreme la puerta, blanca,
ábreme la puerta, niña!

- ¿La puerta cómo he de abrirte
si la ocasión no es venida?
Mi padre no fue a palacio,
mi madre no está dormida.

- Si no me abres esta noche,
ya nunca más me abrirías;
la muerte me anda buscando,
junto a ti, vida sería.

- Vete bajo la ventana
donde bordaba y cosía,
te echaré cordel de seda
para que subas arriba,
si la seda no alcanzare,
mis trenzas añadiría.

Ya trepa por el cordel,
ya toca la barandilla,
la fina seda se rompe,
él como plomo caía.

La Muerte le está esperando
abajo en la tierra fría:
- Vamos, el enamorado,
la hora ya está cumplida.

Destino y fatalidad, vaticinios y pronósticos de la peor especie que, para desgracia de todos, salen ciertos; y, al final, la muerte. El arte, como tantas otras veces, procuró expresar un sentimiento de dolor especialmente intenso; y luego, lo de siempre: la soledad del muerto, una soledad que percibimos hoy, con toda intensidad, en el túmulo de alabastro, apenas visitado, del Príncipe don Juan en Santo Tomás de Ávila. [Sepulcro en mármol de Carrara del Príncipe don Juan por Domenico Fancelli (1513), véase imagen 0.12.]

Todo volvió a su cauce: la leyenda de don Rodrigo se reactivó, a manera de aviso. El texto continuó editándose en los años del Emperador y en los de Felipe II. Al mismo tiempo, la idea de liberar Jerusalén y expulsar al turco del Mediterráneo Oriental devino verdadera obsesión. Muerto Fernando el Católico, ese sueño permaneció perfectamente activo, como nos ha recordado recientemente Pedro Cátedra (*El sueño caballeresco. De la caballería de papel al sueño real de don Quijote* [Madrid: Abada Editores, 2007], p. 60, entre otras). Llevar



Figura 0.12: Sepulcro en mármol de Carrara del Príncipe don Juan por Domenico Fancelli, 1513

esta empresa a término no se veía fácil, a pesar del mesianismo aún más intenso con que todos adornaron al Emperador: Tiziano, con los pinceles; Alfonso de Valdés, con su prosa; Aldana y Acuña, con sus versos.

